



Felipe Santos, SDB

“Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrara esta fe en la tierra? (Lc 18,8)

Jesús nos enseña que hay que orar con confianza y perseverancia, con la seguridad de que Dios escucha siempre nuestras súplicas. Señor, Tú siempre te mueves impulsado por la misericordia y defiendes siempre a los débiles.

La oración es para mi, Señor, la respiración del alma, me permite vivir el Evangelio con alegría y construir un mundo más fraterno.

La idea central de la parábola es que los discípulos deben orar siempre y sin desfallecer, con mucha perseverancia. Para ilustrar esta idea Jesús pone como ejemplo el caso de esa mujer viuda y desamparada que se presenta una y otra vez ante un juez caracterizado como inicuo, porque no temía a Dios ni a los hombres. Después de mucho importunarlo, el juez decide hacer justicia a la viuda para que no siga molestándolo. La mujer es caracterizada por su insistencia; nunca deja de ir a pedir al juez que le haga justicia. Pero Jesús no llama la atención sobre la insistente viuda, sino sobre el juez. El punto central de la parábola no está puesto en la perseverancia de la súplica, sino en la seguridad de que ésta será atendida. Nos muestra la forma como Dios procede ante nuestros ruegos. Si aquel juez perverso se dejó convencer por los ruegos de una viuda en virtud de su propio egoísmo, cuánto más nos atenderá Dios, que es un Padre bondadoso. Resaltan en el trasfondo del ejemplo la misericordia y el amor de Dios que nos acoge. Jesús nos interroga por la imagen que tenemos de Dios y nuestra confianza en su acción misericordiosa. Tratemos de responderle con sinceridad.

